

discontinuo que no termina en sí mismo, sino en el lector; o la relevancia creciente del hecho pragmático en la comunicación literaria; la desaparición del decimonónico y seguro universo estable, cerrado, omnisciente. Ahora, en cambio, habrá tantas novelas como lecturas.

Tres son las características fundacionales de la Novela postmecanicista: el lenguaje, fin en sí mismo, no solo medio para «relatar»: la intuición de Joyce, en definitiva (con un claro precedente en Flaubert); la estructura, que ya no puede ser lineal, sino laberíntica; y, por último, la forma insólita de presentar la realidad, como un sistema cerrado, autosuficiente, en que cada parte refleja el todo.

Pero en fin, no se trata ahora de resumir aquí las principales aportaciones del siempre polémico García Viñó, sino de invitar al lector universitario interesado en estos fundamentales aspectos de la Estética contemporánea a entrar en el debate que nos propone en estos dos trabajos. Digamos sólo, para terminar, que junto a los apuntes para una teoría o poética general, se ofrece además las características que habrá de tener el artista, el escritor, que dé cuenta de esta nueva realidad y que se resumen en un solo adjetivo: habrá de ser un heterodoxo, un no incardinado en el Sistema, habrá de ser un desplazado, un periférico. Pero, ¿cuándo el verdadero artista no lo ha sido?

Al margen de los aciertos o errores que presenten estas dos primeras aproximaciones, estos apuntes, adelantos, y a falta de la Teoría Unificada, lo cierto es que conviene darse cuenta lo antes posible del cambio de paradigma estético (y científico) que se ha producido, y ello por dos razones, para apuntar cuanto antes a la gran obra maestra que lo identifique como tal (el nuevo «Quijote»), y para denunciar a los que, remedando fórmulas trasnochadas, caricaturas mínimas de las grandes construcciones decimonónicas, quieren seguir sentando sus reales como depositarios y únicos garantes del valor estético de nuestros días: denunciar a los que alimentan la impostura y viven de ella.

Ángel GARCÍA. GALIANO

## RESEÑAS DE LITERATURA ESPAÑOLA ACTUAL

Entre las novedades recibidas de la Editorial Anagrama, constan algunas novelas de autores jóvenes. Dentro del conjunto, está Antonio Soler con *Héroes de la frontera* (1995), su segunda novela y tercer libro. En un ambiente suburbial, visto con distancia emocional y estética, un caduco escritor fracasado —irónica proyección de la imagen del autor sobre la del narrador— cuenta, junto con su propia vida, la de un ciego miserable. La insistencia en lo morboso llega a conformar un realismo sucio de cierta ascendencia cinematográfica. No se ahorran descripciones de todo tipo de materias desagradables ni relatos de violencia física. Con más intención de provocar (quizás un malestar) que posibilidades de crear un mundo narrativo de interés y autonomía. Pero será un rasgo repetido en otras ficciones próximas.

*El copista* es la primera novela de Teresa Ruiz Sosa, peruana, finalista del Premio Herralde de 1994. Con el recurso al manuscrito encontrado (en este caso son dos los manuscritos) se nos presentan las perspectivas opuestas sobre una relación de intensa dependencia sexual: un varón tímido obsesionado por la mujer poseedora y burladora.

Un juego de la seducción, del deseo y la mirada, que se invierte en la situación final de destrucción por la venganza. Resultó también finalista ese año Ismael Grasa con su novela *De Madrid al cielo*, relato en forma autobiográfica de Zenón, improvisado vividor de nada en el centro degradado de Madrid, donde se gana la vida con el reparto ocasional y la guitarra, que se encuentra implicado en un episodio de prostitución de menores y asesinato.

El premio de ese mismo año, 1994, fue para la novela de Carlos Perellón *La ciudad doble*, ex aequo con *La historia del silencio*, de Pedro Zarraluqui. La primera de ellas nos introduce, una vez más, en un mundo de basura material, urbana y humana. En un prolongado y tenso insomnio, el narrador y personaje principal escribe su historia, desde el momento del regreso a Madrid, con su padre, exiliado, tras la muerte de Franco, y rememorando, como el título sugiere, los años de adolescencia y juventud vividos en Nueva York. Hay un tratamiento inmediato —en cualquiera de los dos lugares— del contraste de fealdad y belleza, pulcritud y suciedad como forma de rebelión del hijo contra la perfección artística del padre y sus lecciones, que es también un homenaje autodestructivo. Así, en el presente del relato, el narrador escribe desde la cárcel esa historia de un crimen lejano y de un castigo, como término de la implacable persecución de la suciedad y la miseria.

*La historia del silencio*, de Zarraluqui, tiene una construcción que demuestra un oficio consolidado y una mirada analítica sobre la sociedad de clase media, profesional e intelectual de Barcelona. Pero no es un retrato social, sino una indagación narrativa —con la trama de las parejas cruzadas— en la cuestión del título, el «silencio», en sus aspectos más teóricos que sólo se mencionan como marco de los rasgos de los comportamientos personales (secreto, engaño, ocultamiento, error). Es por ello también el libro sobre el libro que (no) se escribe. Las situaciones cotidianas se narran con desenfado y humor y, finalmente, todo se configura con el carácter un tanto convencional pero suficiente: relato en primera persona, historia de amor sincero y final abierto y feliz.

El último premio Herralde, correspondiente a 1995, fue concedido a la novela de J. A. González Sainz *Un mundo exasperado*. El autor ha elegido también el relato en primera persona en forma de monólogo interior que dura una noche («noche ridícula e incierta de lluvia en que intento no sé si escabullirme o quedarme por el procedimiento de poner las cosas en claro»). En ella lo cotidiano y común se hace general y absoluto por el procedimiento de las mayúsculas (la Ciudad, el Bar de la Esquina). La tensión y violencia de la vida cotidiana se aumenta por la lupa de la minuciosidad exagerada con que la contempla y sufre el personaje, y por su propia exasperación interna a lo largo de una jornada festiva, hasta configurar un relato de prosa deliberadamente compleja, altisonante, de largos períodos no siempre bien resueltos.

En el mismo año Eloy Tizón consigue ser finalista con *Seda salvaje*, relato cerrado, obsesivo, que recrea el triángulo básico de los amantes que desatan una fuerza destructora impasible e implacable, destino o fatalidad ahora figurada en el detective grueso, arbitrario y falsario. De fondo, la necesidad y la desgracia de saber. La restricción del punto de vista a la primera persona (una vez más) permite mantener las incógnitas en vilo, tal vez con la pretensión de presentar el mundo y las relaciones humanas como la fuente del desconocimiento; aunque haya más intención que densidad y logro.

David Trueba llega a publicar su primera novela, *Abierto toda la noche* (1995), desde su experiencia como guionista de algunas comedias cinematográficas. El dato

tiene interés porque el relato podría tener, en su fabulación, algo de comedia de costumbres y enredos familiares y bastante mirada de cine en algunas escenas y en los movimientos de los personajes por la ciudad. Estos personajes se caracterizan con trazos breves, convencionales en su aspecto social y con rarezas muy manifiestas en el aspecto personal, y quizás por ello sean a la vez originales y representativos, tiernos y extravagantes. El humor y la sátira se mezclan eficazmente para la amenidad del relato que ha de ser apreciado por el conjunto, dentro de su pretensión.

Luisa Castro, premiada como poeta y finalista de otra edición del Heralde, publica en 1994 su novela *La fiebre amarilla*. La anciana Virginia, en sus últimos días, revive de manera alucinatoria los hechos fundamentales de su existencia, en un rincón de Galicia. Relato de lento desarrollo, mundo ficticio creado desde claves reales y peso de un ambiente algo siniestro con personajes poco definidos.

De la última novela de Adelaida García Morales, *La tía Águeda*, dice la presentación editorial: «una vuelta al oscuro mundo de la infancia, en una prosa delicada y laconica». En efecto, en este breve relato se vuelve sobre la relación de la Muerte y el amor —más intensamente marcada la primera— a través de la experiencia y la percepción del personaje infantil (entre 10 y 11 años), dentro de un ambiente cerrado, opresivo, que corresponde a una pequeña ciudad provinciana de la posguerra (y a una tradición del realismo español). El contraste de la visión infantil y la atmósfera, con sus personajes también enfrentados, es eficaz y conocida. Los valores de los personajes en sus actitudes se establecen diáfananamente desde el comienzo y sus caracteres quedan brevemente fijados para el resto de la novela. Novela breve de una pieza y clásica construcción, con conocidos materiales literarios.

Soledad Puértolas ha tratado de establecer en su novela *Si al atardecer llegara el mensajero* una historia hipotética y mítica, desde la que abordar los enigmas, temores y esperanzas universales, con el mayor grado de amplitud, ejemplaridad y reflexión. Así, la suposición de una humanidad que conoce la fecha de su muerte da paso a la ignorancia por el empeño de un ángel que quiere experimentar con la felicidad. El impulso narrativo, de originalidad y empeño, parece agotarse antes que la materia que la autora quiere tratar y la novela pasa a una fase de indefinición, aunque atractiva por determinadas escenas y por los diálogos, de dilatados y armónicos períodos como deben de ser las conversaciones de los seres celestes (de un cielo muy sincrético, según las mitologías de distintas religiones.)

Laura Freixas ha formado un volumen de relatos sobre el tema del título: *Madres e hijas*, de catorce autoras, desde Rosa Chacel a Almudena Grandes y Luisa Castro. Su intención es introducir este tema de cierta novedad en nuestra literatura, partiendo de relatos inéditos o ya publicados, e incluso provocar no sólo interés, sino polémica. Por ello dedica una parte del prólogo a la legitimidad de la literatura femenina, considerada aún un problema en una sociedad no igualitaria, y a la existencia de una historia propia de mujeres, con relaciones específicas. Ahí se sitúa el proyecto editorial de este libro. Los relatos son variados, desde el realista hasta el fantástico, el intimista o el casi provocador. Sus tratamientos oscilan entre los dos polos de la identificación (de la hija con su madre) y el enfrentamiento. El punto de vista más común es el de la hija, y la voz narrativa la primera persona, aunque en algún caso es un narrador testigo, ajeno a la relación que se presenta.

Álvaro Pombo editó últimamente en Anagrama *El metro de platino iridiado* (1991) y *Aparición del eterno femenino...* (reseñado en esta misma sección). Vuelve

ahora con esta breve novela *Telepena de Celia Cecilia Villalobo*, en que recrea (no reproduce) el sistema de la anterior: una voz inexperta y confusa va dejando un relato vacilante en primera persona acerca de un momento importante de su peripecia vital (afectiva y sentimental). Y desde su ignorancia y sus errores, el lector puede percibir un mundo mucho más complejo, intenso, a veces miserable, cruel, no exento de ridículo. Esto obliga al novelista a reforzar los rasgos lingüísticos de la voz narrativa, que corresponde a la secretaria de un famoso escritor, recientemente fallecido. La presencia de un personaje real otorga un valor casi documental al texto, jugando con el modelo televisivo que explota. El cambio de la vida y del juicio que el personaje tenía sobre sí, su desvelamiento propio y de los otros confiere sentido y trascendencia a este relato que aprovecha un material de la vida cotidiana convertida en espectáculo en los espacios de la televisión que ofrecen un momento de protagonismo por la mostración de los sentimientos y emociones más íntimos. Y con ello se construye una fábula de gran interés e ironía.

\* \* \*

Entre otros libros recibidos, están *La piel y la máscara*, de Jesús Díaz, autor cubano, exiliado desde 1992, novela ambientada en los episodios del rodaje de una película, que narra la busca de los dos hijos de una actriz residente en Estados Unidos. También hay dos novelas del escritor peruano Alfredo Bryce Echenique, profesor de varias universidades y actualmente residente en España: *La vida exagerada de Martín Romaña* y *El hombre que hablaba con Octavia de Cádiz*. Forman un díptico de caudalosa escritura, que ahora se reedita.

Traducidas del catalán encontramos *Ígur Nebli*, de Miquel de Palol, extenso relato de carácter fantástico-alegórico y ficción caballerescas que trata de situar al lector en las intrigas y laberintos del poder y del dominio en el territorio del imaginario Imperio. Luis M<sup>a</sup> Todó, profesor, traductor, ensayista, publica su primera novela con el título *Los placeres sencillos*. Se trata de una fábula en torno a las relaciones homosexuales, donde se ensayan diversas formas de relato, jugando un papel importante la forma epistolar, los relatos intercalados, las piezas ensayísticas, para crear con todo ello un complejo entramado de referencias sociales, culturales y literarias.

\* \* \*

Se siguen reeditando novelas de Javier Marías anteriores a sus éxitos con los premios de 1986 y 1989. Ahora es *El Siglo*, con prólogo del autor, cuarta de sus novelas (1983). Se narra en ella la última parte de la vida de un delator y luego juez en el régimen de Franco. Dentro de un pasaje dominado por el magnetismo del lago, el personaje monologa en soledad, en unos capítulos, mientras un narrador externo cuenta su vida en otros, alternativamente. Universo opresor, sin duda debe algo de su configuración y de su técnica a J. Benet. El autor aprovecha su presentación preliminar para identificar influencias, evocaciones, citas o paráfrasis literarias incluidas, como es su costumbre, en el texto de la novela.

José PAULINO